

CAPITULO XXVI.

ELIGE UN HOMBRE AL SALVADOR PARA QUE SEA ARBITRO Y
JUEZ ENTRE EL Y SU HERMANO, Y ES REPRENDIDA LA DEMASIA
DA CODICIA DE UN RICO.

Son tan maravillosos y sorprendentes los efectos de la justicia, que por mas que el hombre quiera encerrarlos en el fondo de su corazon, á su despecho y pesar no se descubran alguna vez; y siendo tan grande la de Jesucristo, claro es que no podia permanecer escondida ni oculta mucho tiempo: así es que á pesar de la fuerza de sus razonamientos y de la energia de sus reprehensiones, por mas terribles que fueran, era buscado de las turbas y á todas partes seguido de ellas, porque la rectitud de sus juicios cautibaba tambien los corazones; pero como era en ellos infalible, y era asimismo eterna su justicia, ni se entibiaba, ni desmayaba su celo por violentas que fuesen las persecuciones que contra él suscitase la envidia feroz de sus enemigos.

Pocos meses habian pasado después de la terrible reprimenda que dió á los escribas y fariseos, cuando oprimido por una multitud de turbas que en pos de él corrían, tuvo ocasion de añadir algunas pinceladas notables al retrato horroroso que de sus enemigos habia hecho. Sabia bien la candorosa sencillez de sus discípulos, y se di-

rigió mas particularmente á ellos para que se cautelasen contra la faustosa doctrina de los fariseos y el desarreglo con que cubrían hipócritamente sus perversas costumbres. Ellos, les dijo el Maestro divino, tienen astucia para todo y saben ocultar con maña toda la perversidad de su alma, del conocimiento de los hombres; pero al fin ella se descubre sin remedio, pues nada hay tan oculto en el mundo que no se llegue á conocer. Así les dió á entender al mismo tiempo que lo propio sucederia en el reino de Dios, cuyo establecimiento les confiaba. Vosotros, les añadió, que sois mis apóstoles, descubrireis hoy privadamente las máximas de este reino, y vosotros las predicareis en medio del dia y á vista de todo el mundo. Vosotros las direis en secreto y al oido de los fieles, y se publicarán sobre los techos de las casas. Entonces vosotros y los fariseos sereis conocidos de todo el mundo por lo que sois, y se declarará la guerra: ellos la llevarán contra vosotros hasta el último extremo. Pero desde luego os prevengo á vosotros que sois mis amigos á quienes amo y que me amais, que no temais á vuestros perseguidores, y que no cedais en nada del valor y firmeza de vuestra conducta. No por eso os prometo que no os podrán alcanzar sus tiros, y que sereis insensibles á sus golpes; que no seria digno de los ministros que yo elegí el no saber sufrir, padecer y aun morir por mí.

Fácil es de conocer toda la sublimidad y grandeza no menos que la importancia de esta doctrina de Jesús á sus apóstoles. Enviábales á predicar el reino de los cielos, hablales revestido con todo el aparato de su poder y autoridad divina; queria salvar de la perdicion y atraer otra vez al redil de su padre las ovejas descarriadas de la casa de Israel, y debia anunciarse la verdad santa á los gentiles é idólatras, y por último queria enseñarles no solo el desinterés, sino hasta el desprecio del oro, de la plata, y de todas las cosas necesarias para la defensa de la vida; y era preciso por lo mismo revestirles del espíritu de desprendimiento: y como no se le ocultaba que habian de sufrir persecuciones, que serian llevados ante los tribunales, que serian acusados, calumniados, abarrecidos y entregados por fin á la muerte por aquellos que ellos mismos no podían pensar, los armó de la entereza de la fe, de la libertad con que debían declarar los mandatos pertenecientes al misterio ocultísimo del

reino de Dios, á fin de que cuando viesen cumplirse todas estas cosas permaneciesen firmes é intrépidos contra las persecuciones del mundo que les acababa de anunciar; á todo lo que aludió aquella soía expresion, no os aterreis ni confundais á vista de los que matan el cuerpo, aunque sea con durisima y violenta muerte: hecho esto, ya nada les queda que hacer, al alma no pueden llegar.

Esto mismo ya se lo habia repetido otra vez el Señor, como lo acuerda san Mateo; y por esto les refirió aquí de nuevo los motivos de confianza que les debia suministrar el poder y la misericordia de su Padre celestial, sin cuya voluntad no podia perecer ni un solo cabello de su cabeza. Recordóles de nuevo la obligacion que tenian de no avergonzarse de la profesion de predicadores del Evangelio, so pena de ser negados y desconocidos de su Maestro en el dia del juicio; renovándoles por último las promesas de su proteccion y de la asistencia de la gracia del Espíritu Santo en el tiempo de sus tribulaciones; cuando de repente fué interrumpido su discurso por un hombre que imaginaba tener que proponerle cosas muy importantes. Señor, le dijo con libertad indiscreta; yo tengo un hermano que rehusa darme parte en la herencia de mi padre; se ha alzado con toda ella; ordénale pues que la divida conmigo. Imagínabale el que pedia, revestido de la calidad de profeta; creía por lo mismo que el Salvador podia mandarle, y no se persuadia que su hermano se atreviese á apelar de las sentencias. El Redentor dulcísimo queria enseñar á ese hombre y á todos en general, que no habia bajado del cielo para mezclarse en negocios temporales; y por esto le respondió con todo el lleno de su amabilidad y dulzura: Hombre, dime, ¿quién me ha constituido juez ó árbitro de vuestras particiones? ¿pensais vosotros que yo he venido al mundo para entender en vuestras quejas y evacuar vuestros pleitos. *Hombre*, le dijo, para demostrar que era carnal y terreno, y que su pretension era puramente terrena y nada tenia de espiritual; y le añadió: ¿Quién me ha constituido juez y particionero vuestro? para demostrarle que sus resoluciones y juicios no serian jamás sobre las posesiones de la tierra, sino sobre las celestiales. Que fué lo mismo que si les dijera: Yo no soy Dios de la disension ó de la dispersion, sino que lo soy de la coleccion, de la paz y de la union; porque vine á pacifi-

car á los hombres con Dios y con los ángeles, y para que muchos no tengan sino un solo corazón y una sola alma, para que no estén divididos por varias y diversas cosas de la tierra, sino que vivan hermanados y unidos por la caridad, y sean todas las cosas comunes entre ellos; para que ninguno de ellos sea menesteroso y pobre, sino que todo lo que cada uno tenga se reparta entre todos, segun la respectiva necesidad de cada uno. El que no junta conmigo, á mí no se reune y mis consejos no sigue; es destructor de la fraternidad y autor de disensiones; sobre todo, lo que dice el venerable Beda [1]: Con razon se llama hombre el que se atreve á interrumpir con motivo de diversiones terrenas el admirable discurso que el Maestro divino pronuncia sobre los gocees celestiales y la paz del corazón, porque escrito está [2]: ¿Habiendo entre vosotros celos y discordia, no es claro que sois carnales y que procedeis como hombres? Y san Ambrosio dice [3]: Muy bien hace en declinar de las contenciones y disputas de las cosas de la tierra el que precisamente habia venido de las celestiales. Rehusa ser juez y árbitro en los pleitos puramente terrenales, el que lo es por su naturaleza y autoridad eterna de los vivos y los muertos. No solo pues ha de mirar el hombre lo que pide, sino á quien lo pide. No es por consiguiente reprochado sin motivo este hermano, que queria ocupar en el conocimiento de las cosas corruptibles, el dispensador de las celestiales.

Hermoso ejemplo es este que no deben echar en olvido los predicadores del Evangelio y los repartidores de los dones espirituales, porque menos aptos se manifestarán para las cosas espirituales los que se mezclen en los negocios seculares y contenciones puramente terrenas. En atencion á esto dijeron los apóstoles consolando á todos los discípulos de Jesús [4]: No es justo que nosotros desquidemos la predicacion de la palabra de Dios por tener cuidado de las mesas. Por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sujetos de buena fama llenos del Espíritu Santo y de inteligencia, á los cuales encarguemos este ministerio, y con esto podremos nosotros

[1] Ven. Bed. in cap. 12 Luc.

[2] Ep. 1.ª ad Corinth. cap. 3, v. 3.

[3] Div. Ambros. lib. 7 in Luc.

[4] Actor. c. 6, v. 2.

emplearnos enteramente en la oracion y en la predicacion de la divina palabra. Pero de qué manera tan distinta suceden hoy las cosas! Dominados por el falso celo y por el deseo de sostener una autoridad precaria, se entrometen muchos en conocer y juzgar causas ajenas enteramente y contrarias al modesto ejercicio de la oracion, y al de la predicacion de la divina palabra, arrastrados y conducidos por el espíritu de la avaricia. Nadie mejor ni con mas derecho que Jesús pudo hacerlo; sin embargo, no quiso por no dejar el alto ejercicio de las cosas espirituales, para entrometerse en las cosas temporales; y para que no se creyera que él queria favorecer la avariciosa codicia del que le supplicaba, dirigia precisamente la súplica á la reconvenccion del hermano por el apego y amor á las cosas de la tierra.

Después que el Salvador casi puede decirse que despreció la súplica del que le rogaba, volvióse á los discípulos y á las turbas que tenia presentes, y les dijo: Ya veis á lo que se reduce el amor de los bienes de este mundo, y cómo aparta á los hombres de la atencion que deben tener á las cosas del cielo. Yo estaba hablando de las mas sublimes de la religion; ya habeis visto cómo se me ha interrumpido para la decision de un pleito. Guardaos de la solicitud de los cuidados inquietos que lleva tras sí una codicia que no se puede satisfacer. Persuadios á que no se vive ni con mayor felicidad ni por mas largo tiempo por haber multiplicado riquezas y ensanchado y dilatado prodigiosamente grandes posesiones. Nada en el mundo puede llenar las exigencias ambiciosas del corazón del hombre; nada tampoco puede librarle de la muerte. Escuchad sobre este particular una parábola bien triste por cierto; grabadla profundamente en vuestras almas y procurad no olvidarla jamás.

Un hombre poderoso tenia una dilatada y hermosa heredad que le daba frutos con abundancia. Recreábase con frecuencia con esta lisonjera idea, meditaba sobre la multitud de sus bienes y riqueza, y decía: ¿Dónde echaré ahora todos mis granos? No tengo lugar suficiente para encerrarlos. Esme preciso tomar sobre ello una resolucion. Ya sé qué haré, dijo al instante: demoleré mis casas y edificios, pues son viejos; edificaré otros mayores y mas capaces; encerraré en ellos cómodamente la gran cosecha de este año, que

aumenta mucho mis riquezas y me deja verdaderamente acomodado. A vista de esto bien podré decir, alma mía, alegrate, y empecemos á gozar de las delicias de la vida. Mira los bienes que posees, ellos te servirán para alimentarte muchos años; bastante hemos trabajado, tratemos de descansar; holguemos, hagamos festines y divertámonos. No pienses en otra cosa que en comer, beber y darte buena vida. ¡Qué locura! miraba en aquellos bienes su mayor felicidad y como el colmo de su dicha; pensaba gozarse solo, sin que persona alguna, ni aun los pobres, tuviesen en ellos la menor parte; y este hombre, que no hizo cuenta con el árbitro soberano de la vida y de la muerte, ni con la providencia de Dios y de su justicia, de la que dependia el cumplimiento de sus deseos y proyectos, mientras se alimentaba y saboreaba con sus lisonjeras ideas tuvo noticia de que Dios habia sentenciado su causa y que habia salido condenado en su justo juicio. ¡Oh necio! ¿en qué piensas? Esta noche será arrancada tu alma de tu cuerpo, y de todos estos bienes que te prometes gozar mucho tiempo, ¿quién será el poseedor después de tí? Ten por cierto que la muerte te los arrebatará y pasarán á otro dueño. Ved ahí la muerte de los ricos; ellos atesoran para sí, ó por lo menos así lo imaginan, y se les pasa la vida en prevenir comodidades, las que ó no las gozan jamás, ó las gozan por muy poco tiempo. Dichosos los que no son ricos sino por los intereses de Dios y con el designio de enriquecer á los pobres, de los que su Majestad es padre. Ellos solos son los que sacan verdaderas ganancias de los bienes que recibieron, porque todo su comercio se funda en la caridad.

San Agustín discurre con su acostumbrada elocuencia y profundidad sobre este rico desventurado, y dice [1]: Afligíase este rico en medio de su opulencia, y era infeliz entre sus bienes presentes, porque debia serlo mas en la eternidad. Su herencia no le dió tan pingües réditos como le causó atroces tormentos. Sus grandes afares crecieron con su avaricia y nacieron sus angustias de la mayor abundancia que Dios le habia concedido. Pensaba en el fondo de su corazón sin atreverse á pronunciar una palabra para no ser oido;

[1] Div. August. Serm. 20 de Verb. Dom. cap. I. tit. VII. serm. A. tit. Q. [1]

porque los ricos avaros poseidos de miedo temen aun el ser mirados de otros hombres. Deseaba preparar los graneros, y se olvidaba de que graneros bien preparados tiene el gran Padre de familias en el vientre de los pobres. Olvidóse de que á todos es común la misma naturaleza, y deseando ensanchar los graneros temporales, se olvidó de los pobres de Cristo. Codicioso decía: ¿cómo juntaré mis bienes? Cuando mejor debiera haber repetido: ¿cómo los repartiré á los pobres? Para mí no solo me dió Dios tantos bienes en la tierra; debo pues repartirlos entre mis hermanos necesitados. Y san Ambrosio añade [1]: No son bienes del hombre los que al hombre acompañan siempre; la misericordia sola es el bien inseparable del hombre, pues le acompaña en la vida y en la muerte.

Satisfecho el rico avaro en la consideracion de los bienes que á su vista tenia, dijo: ¡Alma mia, muchos bienes tienes! Mejor hubiera dicho uno solo, porque esta era la gran misericordia que en ellos podia haber vinculado para su alma. Prometiase gozarles muchos años, y su deseo debió precisamente haber sido que otros muchos hombres infelices los hubieran gozado con él. El rico pues no puede fabricar graneros permanentes donde sus granos deposite, si no los consigna en la mano del pobre; y lo que es mas necio aun y detestable, es, que se trace una vida muy larga, cuando de ella no puede disponer ni un solo momento, y el aliento que respira puede ser el último de su vida. Tienes pues ¡oh rico! concluye san Ambrosio, abundancia de granos encerrados en tus graneros, pero allí no tienes encerrados los años que has de vivir. No seas necio, reparte con profusion cuanto Dios largamente te da; el crimen no está en recoger, sino en retener; y puesto que todos los años te da Dios, tambien todos los años debes repartir, y siempre á proporcion de lo que Dios te hubiese dado; si mucho, mucho, si poco, poco; tambien de este poco al pobre debes repartir con generosidad y alegría.

Satisfecho con la vista de sus bienes y con la esperanza de gozarlos, continuó el desgraciado rico diciendo á su alma: Descansa, esto es, del trabajo ó de trabajar mas en tu vida. A la peste de la avaricia añadió la enfermedad vergonzosa de la pereza y el des-

[1] Div. Ambros. lib. 7 in Luc.

cuido de rogar á Dios aun para que le concediese nuevos bienes temporales; he aquí la ociosidad espantosa, madrastra de todas las virtudes. Come, continuó diciendo, he aquí la golosina. Bebe, he aquí la embriaguez. Ten espléndidos convites, y he aquí cómo vinieron á unirse la voluptuosidad y la lascivia á todos los demás vicios, cuyos cuatro males acostumbran siempre á seguir la abundancia de riquezas. Estos fueron los cuatro gravísimos crímenes por los que descendió fuego del cielo sobre la infortunada Sodoma. A este propósito parece que dijo el eclesiástico: Nunca negué á mis ojos nada de cuanto he deseado, ni vedé á mi corazón el que gozase de todo género de deleites y se recrease en las cosas que tenia yo preparadas; antes bien juzgué ser esta mi suerte, el disfrutar de mi trabajo ó industria. Mas volviendo la vista hácia todas las obras de mis manos y considerando los trabajos en que tan inútilmente me habia afanado, vi que todo era vanidad de vanidades y afliccion de espíritu y que nada hay estable en este mundo. . . . Por cuyo motivo he dado de mano á todas estas cosas, y he resuelto en mi corazón no afanarme mas por nada de este mundo; visto que después de haberme trabajado con sabiduría y doctrina y desvelados, viene á dejar lo adquirido á un holgazán, cosa que ciertamente es una vanidad y mucha desdicha. Porque ¿qué frutos saca el hombre de todos sus afanes y de la afliccion de ánimo con que se atormenta en este mundo? Llenos están de dolor y de amargura todos sus dias; ni aun por la noche goza de reposo su alma. . . . ¿Quién podrá regalarse y abundar en delicias tanto como yo? Sin embargo, yo soy verdaderamente un infeliz.

Segun el venerable Beda, no fué reprendido este rico porque cultivase la tierra y conservase sus frutos, sino porque colocase toda su esperanza en ellos, y porque computando su felicidad por su abundancia, nada cuidase de repartir á los pobres, estando el mandato expreso del Señor que dice: Da de limosna lo que te sobrase, y solo procurase reservar este sobrante para sí en el tiempo futuro. Habló y pensó interiormente, creyendo que nadie le observaba y contemplaba, y á sus deseos respondió prontamente la voz de la justicia divina, amenazándole con que en aquella misma noche se le arrebataria la vida. Deseaba como necio y olvidábase de que en

Dios, desear, hablar y querer una cosa, es hacerla de repente según la expresión del Salmista: *El lo dijo y todo quedó hecho* [1]. Muy bien, dijo san Basilio, le dió la justicia de Dios el nombre de necio, porque negó con su hecho la bondad de Dios y desconfió de su providencia [2]. El venerable Beda añade [3]: Tú que te prometías nadar muchos tiempos en delicias por los cuantiosos bienes que habías juntado, arrebatado esta noche prematuramente por la muerte, dejarás á los otros todo lo que con tantas maquinaciones y afanes lograste reunir. Y san Gregorio concluye [4]: En la noche fué arrebatado el que mucho había juntado; y el que tanto se afaná para gozar muchos días, se vió privado del primero siguiente para empezar á gozar. De noche se le arrebató el alma, porque á oscuras vivía su corazón. Murió de noche y fué privado de la luz eterna aquel á quien le falta la luz de la consideración para prever y proveer lo mas preciso y conveniente para el día de su verdadera necesidad. La mano del pobre es la tesorería del rico, y el mas rico para Dios es aquel que despreciando por Dios todas las riquezas transitorias las deposita en la mano del pobre.

Por este rico se entiende todo hombre que congrega bienes temporales para vivir en la ociosidad y el regalo, sucediendo con mucha frecuencia que regularmente disfrutan poco los que mucho se afanan por gozar mucho: miranse solo los tiempos presentes y se desprecian los futuros; por esto, cayendo improvisadamente sobre ellos los demonios, exactores injustos, llenan sus corazones de amarguras y remordimientos eternos, tanto como ellos pensaban gozar y disfrutar de bienes temporales. Muy fácilmente, dice san Gerónimo [5], desprecia todas las cosas el que se persuade que dentro de muy poco ha de morir; porque como la muerte dice muy claro el abandono de la vida, nada de ella estima el que muerto se contempla. Llenos estaban los graneros del rico, pero no estaban satisfechos los deseos de su corazón. La avaricia nunca se ve harta, siempre roba y jamás se sacia; ni á Dios teme ni del hombre se aver-

[1] Ps 148, v. 5.

[2] Div. Hom. 6 in Ditescentis.

[3] Ven. Bed. in cap. 12 Lucæ.

[4] Div. Gregor. lib. 22. Moral. cap. 2.

[5] Div. Hieronim. ad Heliodor.

güenza; no perdona al propio padre y desconoce la verdadera madre; no contemporiza con el hermano ni guarda feal amigo; oprime á la viuda é invade demente y furiosa los tesoros del pupilo. ¿Qué locura es esta amontar oro para perder el cielo? La avaricia es una culebra de dos cabezas, y mata con la lengua de una y otra. Con la una invade y roba lo ajeno, y con la otra se deleita con la posesión injusta de lo robado [1]. ¿Crees tú que Dios es injusto porque distribuye los bienes con desigualdad? Tú abundas mientras el otro mendiga, para que consigas el mérito de una buena dispensación, mientras gana el otro la aureola de la paciencia. Y si tú reputas como propio lo que á otros debes dar, ¿no te constituyes acaso un verdadero usurpador de lo ajeno? Lo que posees y en tu gaveta conservas, es el pan del hambriento, la túnica del desnudo, la sandalia del descalzo, y á tantos injustamente injurias, cuantos son aquellos á quienes justamente debías dar [2]. Y san Crisóstomo concluye [3]: Todo lo que Dios nos da, nos lo da para que á otros demos, y para que de lo que recibamos hagamos partícipes á los menesterosos.

ORACION.

Oh Señor! No me llames á juicio en la mitad de mis días, ni permitas que muera con muerte imprevista y repentina; antes bien concédeme tiempo y lugar para que pueda hacer penitencia verdadera y fructuosa de mis culpas, que sea á tí grata y aceptá; despreciar todas las cosas terrenas, y darte en esta vida una tan condigna y cabal satisfacción de mis pecados, que después de ella merezca sin impedimento alguno verte, llegar á tí seguro y alegre, y eternamente poseerte. Tú eres, Señor, mi única esperanza; tú eres mi única posesión y gozo; tú eres la parte que me tocó en el reino de los cielos, y tú eres el único que me la has de restituir. Allí, Señor, descansaré contigo en compañía de mis hermanos, tus santos y escogidos; allí te gozaré y me alegraré eternamente poseyéndote con ellos en la eterna gloria. Amen.

[1] Div. Gregor. lib. 15. Moral. cap. 10.

[2] Div. Basil. Hom. 6 in Ditescentes.

[3] Div. Crisostom. lib. 1.º de Providencia.

Nota. La historia del presente capítulo pertenece al XII de san Lucas, desde el versículo 12 hasta el 20, ambos inclusive.

La Iglesia no lo usa de su texto en ninguna Dominica ni feria del año; pónese sin embargo su traducción textual que dice así:

EVANGELIO DE SAN LUCAS.

Cap. XII, vs. 12 al 20.

En aquel tiempo dijo á Jesús uno de sus oyentes: Maestro, dile á mi hermano que me dé la parte que me toca de la herencia. Pero Jesús le respondió: ¡Oh hombre! ¿quién me ha constituido á mí juez ó repartidor entre vosotros? Con esta ocasión les dijo: Estad alerta y guardaos de toda avaricia; que no depende de la vida del hombre de la abundancia de los bienes que posee. Y en seguida les propuso esta parábola: Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad, y discurría para consigo diciendo: ¿Qué haré que no tengo sitio capaz para encerrar mi grano? Al fin dijo: Haré esto, derribaré mis graneros y constituiré otros mayores, donde almacenaré todos mis productos y mis bienes, con lo que diré á mi alma: ¡Oh alma mía! ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años: descansa, come, bebe y date buena vida. Pero al punto le dijo Dios: ¡Insensato! esta misma noche han de exigir de tí la entrega de tu alma: ¿de quién será cuanto has almacenado? Esto es lo que sucede, concluyó Jesús, al que atesora para sí y no es rico á los ojos de Dios.



CAPITULO XXVII.

SANA JESUS A UN PARALÍTICO DESPUÉS DE TREINTA Y OCHO AÑOS DE ENFERMEDAD, EN LA PISCINA DE JERUSALEN.

Ignorando los motivos que pudo tener el reverendo padre Ludolfo de Sajonia para no seguir en su obra la narración de los sucesos del Evangelio que siguen otros historiadores de mucha erudición y fama, nos concretaremos estrictamente al orden que él tiene establecido, y diremos con él: Después de estas cosas subió Jesús á Jerusalem para celebrar una fiesta de los judíos, esto es, la Pascua de Pentecostés, que era la de los frutos nuevos, y en aquel mes se ofrecían al Señor las primicias de los frutos. Esta parece la opinión mas probable. En esta solemnidad hizo Jesucristo obras muy señaladas en distintas ocasiones. En ella echó del templo á sus profanadores, declaró la necesidad del bautismo é hizo aquel gran convite de los cinco panes y dos peces, del cual tomó ocasión para hablarles del pan que bajó del cielo para dar la vida al mundo.

No falta quien cree y aun asegura que esta era la que se llamaba *fiesta de PHURIN*, DE LAS SUERTES, ó DE MARBOQUEO, establecida en memoria de la protección con que favoreció el Señor á

su pueblo contra los intentos de Aman, la que se celebraba el día 15 del último mes. Los que así piensan aseguran que aquel año cayó la fiesta en día de sábado y no debía distar mucho de la Pascua. Estas circunstancias solamente se encuentran en la fiesta de las suertes el año 32 de Jesucristo, el cual, según el orden del calendario de los judíos, era un año *embolismico*. En este tiempo y festividad se supone que entró Jesús en Jerusalem sin ser esperado, y juzgó que para disponer los ánimos á oír sus lecciones convenia dispartarlos desde luego, llamándolos con un milagro tan claro y manifiesto que no fuese posible tener la menor duda de él.

Tres fiestas principales acostumbraban á celebrar los judíos, en las que era preciso que todos hubiesen al templo santo del Señor: estas eran, la solemnidad de los *Azimos*, la de las *Hebdomadas*, por otro nombre la de *Pentecostés*, y la otra se llamaba de los *Tabernáculos*. La primera, que se llamaba *Phase*, que se interpreta *Tránsito*, se celebraba todos los años en el primer mes, que equivale á nuestro marzo, en memoria del beneficio de haberles libertado el Señor de la esclavitud de Egipto. También nosotros celebramos espiritualmente esta fiesta, cuando abandonados los vicios pasamos á las virtudes.

La segunda fiesta, esto es, la de las *Hebdomadas* ó *Pentecostés*, se celebraba en memoria de haber dado Dios la ley á su pueblo, lo que fué el día 50 después de su salida de Egipto. Esta fiesta celebramos también nosotros cuando obedecemos con puntualidad las leyes santas del Señor.

La tercera fiesta, que era la de los *Tabernáculos*, la que se llamaba por otro nombre *Plenopegia*, se celebraba en memoria del beneficio de la protección que visiblemente les había dispensado Dios en los cuarenta años que caminaron por el desierto, habitando bajo tiendas de campaña y á la sombra de las ramas de los árboles, significando que Dios les había conducido por la tierra del desierto á la de promision; y esta fiesta celebramos nosotros mientras que como peregrinos pasamos el desierto de este mundo, debiendo tener en tanto que le pasamos, ramos verdes de virtudes en el fondo de nuestro corazón, para llegar á la patria dichosa que el Señor nos tiene prometida.

A estas fiestas sube el Señor como hombre, para celebrar con los hombres las solemnidades prescritas en la ley. A ella se sujeta el Legislador eterno y concurre á la celebración de la Pascua. Adviértase bien que santifica Jesús la fiesta y no la profana. Los que miran con desprecio las leyes y las costumbres de la religion, deben conocer la terrible acusacion que de ellos hace el Señor, puesto que en las fiestas y solemnidades en que debieran aprovechar en la virtud, prevarican en su corazón y escandalizan á los sencillos, pasándolas en profanas diversiones.

Sube Jesús á Jerusalem, que era la ciudad mas célebre, no solo de Judea, sino de todo el Oriente, y aunque había legenerado de su antigua piedad, no dejaba Dios de obrar allí de tiempo en tiempo una maravilla, que aunque pública y sabida de todos, no servia para hacer mejores á los que la veían. Ann permanecía en Jerusalem una grande piscina, llamada por otro nombre *Bethsaida* ó la *Piscina Probática*. También se llamaba *Piscina superior*, porque descargaban sus aguas en otro estanque, al cual se daba el nombre de *Piscina inferior* ó *baños de Siloé*, en el cual las aguas que caian de arriba estaban sossegadas y se movian con silencio. Esta *Piscina Probática* era la misma que había mandado construir Ezequías después que el Señor le prolongó su vida, según aparece en el libro IV de los Reyes [1], y estaba comprendida en aquella parte de la ciudad que mandó reedificar Nehemias, hijo de Arboz, prefecto de la mitad del cuartel de *Bethsur* hasta frente del sepulcro de David, y hasta la casa de los valientes de este rey [2].

Hay quien asegura que tenía el nombre de *Piscina Probática* porque era el estanque en que los sacerdotes lavaban las víctimas de los sacrificios, por cuya razon la llamaron algunos *Piscina de la oveja*; pero en lo que no hay duda es, en que las aguas que bajaban del templo iban á parar allí y formaban un baño saludable para toda clase de enfermedades. En él estaba perfectamente representado el lavatorio de la justicia cristiana que obró en nosotros la sangre del Cordero de Dios hecho víctima por los pecados del mundo. Esta *Probática Piscina* era también uno de los mas bellos orna-

[1] Lib. 4 Reg. cap. 20, v. 20.

[2] Lib. 2. Esdra, cap. 3, v. 16.

mentos de la ciudad, por los cinco pórticos ó galerías cubiertas con que embelleció Nehemías al tiempo de restablecerla, después de la vuelta de la cautividad de Babilonia. En el agua de esta piscina ve dibujado san Agustín al pueblo judaico, circunvalado de los cinco libros de Moisés como de otros tantos pórticos [1]. La historia no nos da otras noticias de este célebre monumento, ni aun en los siglos mas vecinos al Evangelio; por lo que es preciso sujetarnos á lo que hemos dicho y conformarnos con la narracion sucinta del Evangelio.

Estas galerías ó pórticos estaban frecuentemente llenos de toda clase de enfermos que esperaban que el Angel moviese las aguas de aquel baño, porque el que primero entraba en ellas después del movimiento que las daba el ángel, quedaba infaliblemente curado de cualquiera enfermedad, por grave é inveterada que fuese. Desesperábanse los incrédulos á vista de un suceso tan milagroso que no podia dudarse y que guardaba una especie de período regular, aunque el día no era fijo ni siempre el mismo; lo que era causa de que siempre se viesen al rededor de ella multitud de enfermos que formaban como un grande hospital. Como Jesús era infinitamente misericordioso, concurrió á aquel lugar para ejercer su misericordia; y al caminar por medio de tantos hombres que allí habian concurrido, los unos con la esperanza de ser curados milagrosamente, aunque para uno solo habia de ser el milagro, y llevados los otros de la curiosidad de presenciario, fijó su vista el Salvador clementísimo en un desventurado que hacia treinta y ocho años que padecia una cruel enfermedad, á causa de la cual habia perdido el uso de todos sus miembros y se veia precisado á hacer que lo llevasen en su cama: no habiendo perdido las esperanzas de recobrar su salud á pesar de las tentativas inútiles que en tantos años habia hecho, á él se acercó Jesús, y sin preguntarle ni el tiempo que llevaba de enfermedad ni cuál era la que padecia, porque nada de esto ignoraba, solo le preguntó si queria ser curado.

Tampoco podian ocultarse los deseos del paciente al que era infinitamente sabio; pero convenia que él mismo los manifestase, que

[1] Div. August. in Joann. c. 5. Tract. 17, num. 2.

declarase la insuficiencia de sus esfuerzos y las diligencias que sin ningun fruto habia practicado; y así al oír la pregunta del Salvador, le contestó: ¡Ah Señor! mi único y solo deseo es el conseguir la salud. Para lograrla, hago que todos los años me conduzcan á este puesto, donde me veis padecer; mas como no tengo un hombre que se interese por mí y tenga el cuidado de arrojarne el primero al agua después que el ángel viene á moverla, me quedo siempre sin la salud que tanto apetezco. Mientras mis esfuerzos hago, se me anticipa otro, mírolo salir del baño sano y robusto, quedándome con el dolor de verme conducir otra vez á mi casa enfermo como antes estaba.

No podian menos estas palabras de conmover las entrañas misericordiosas del Señor; y levantando su mano y dirigiendo su voz al enfermo, dándole al mismo tiempo su bendicion augusta y sacrosanta, le dijo: *Ya estás sano, levántate, toma tu cama y anda;* y en seguida obrando con la fuerza y eficacia de su palabra el milagro portentoso de la curacion del paralítico, se apartó insensiblemente y desapareció de en medio de la multitud que allí se habia juntado. Obediente el paralítico mientras tanto á la intimacion de su bienhechor, lleno de vigor y fuerzas, se levantó, tomó su cama, cargóla sobre sí, y sin que la carga le sirviese de peso ni de incomodidad alguna, echó á andar libre y desembarazadamente á vista de todo el mundo. Este milagro, que era una prueba de bondad del Salvador, y un efecto visible y grandioso de su poder, fué condenado por los judíos como una profanacion ó quebrantamiento de la ley por haber sido hecho en día de sábado. Con esta falsa apariencia de piedad con que ordinariamente coloreaban su odio y sus celos, inquietaban al paralítico, alterando su gozo y diciéndole que no podia llevar á cuestas su cama sin violar la ley del sábado. El alegaba en su defensa el mandato del que le habia curado, y esta era en verdad toda su justificacion. Fácil es de conocer que aunque esta curacion repentina renovó la memoria de otras tantas como Jesús en iguales dias habia obrado, creyeron no sin fundamento que el Señor se hallaba en aquel recinto; pero como su Majestad hasta entonces no se habia dado á conocer en aquel dia, abandonaron el prodigio á la admiracion del pueblo y se dirigieron al curado, no

tanto para acriminar su obediencia, cuanto por averiguar el paradero de Jesús.

Yo bien sé, les decía, que no tengo facultad para quebrantar el precepto de la ley; pero el que me sanó me dijo: *Levántate, toma tu cama y marcha*. Es muy verosímil que él sepa tanto como vosotros sobre la observancia de este día; juzgad lo que quisierais; la repentina y perfecta curación que en mí ha obrado con sola la virtud y eficacia de su palabra, me indica que tiene un poder muy superior al vuestro; por consiguiente, yo no tengo de hacer sino lo que él me mandó.

De furor y coraje bramaban los escribas y fariseos, tanto por oír la contestación contundente del paralítico, cuanto porque habiéndole preguntado quién era el hombre que tal mandamiento le había impuesto, no solo supo decir su nombre, sino que aseguraba no lo conocía ni lo había vuelto á ver después de su curación. De diversas maneras piensan algunos autores sobre este particular. Hay quien cree que por una especie de ingratitude muy ordinaria en los hombres, no procuró el paralítico averiguar quién fuese su bienhechor, contento solamente con gozar el grande bien que acababa de recibir: estos son los menos, así como hay quien opina que Jesús, inmediatamente después de haber obrado el milagro, se retiró de entre el concurso como á escondidas, como parece lo indica con claridad el contexto del Evangelio, para darnos á entender que cuando hacemos algun bien á nuestro prójimo, siempre conviene mucho que recatemos nuestra persona, para evitar las cortesías de la gratitud en favor nuestro y el que por ello seamos mas queridos y obsequiados. Los escribas y fariseos no podían negar la verdad del milagro, porque miles de testigos presenciales los hubieran desmentido y confundido, y hubiera cerrado la boca á su desenfundada maledicencia la curación perfecta de un mal conocido por incurable treinta y ocho años hacia.

San Pedro Crisólogo [1] expone esta orden terminante de Jesús dada al paralítico de esta manera: *Toma tu camilla y anda*. Esto es, lleva al que antes á tí te llevaba, para que sea prueba de tu sa-

[1] Div. Petr. Crisol. Sermon. 50, circa fin.

lud lo que hasta ahora ha dado testimonio de tu dolencia; para que la camilla de tu dolor sea indicio de mi milagro; para que la grandeza de la carga muestre ser tambien grande tu fortaleza. Así el penitente lleva la carga del pecado, en el que antes permaneció como descansado, cuando cumple la penitencia que por aquel se le impuso, y camina mas que con los piés del cuerpo en el aprovechamiento de la virtud. La camilla en que está tendido el pecador miserable, es el deleite que al parecer siente cuando le comete; y en tantas ocasiones queda impedido de llevarla cuantas son las que por la costumbre en el pecado recae. Así pues, llevando la camilla y andando, manifestó que el milagro de la curación perfecta se había obrado interiormente en el alma y exteriormente en el cuerpo.

Tres cosas mandó el Señor al paralítico, y son, que se levantara, que tomase su camilla y andase, para manifestar que se le había restituido perfectamente su salud; y estas tres son las que se requieren para probar la justificación del pecador. Primera, que se levante apartándose de los pecados. Segunda, que tome su camilla llevando la carga de la penitencia que por aquellos se le impone. Y tercera, que camine, andando siempre de lo bueno á lo mejor, y de virtud en virtud, hasta la cumbre de la santidad. Treinta y ocho años hacia que padecía el enfermo, y sin embargo, no desesperaba. Grande ejemplo de paciencia que se dé á los pecadores, para que insistiendo en las súplicas de la oración tengan grande esperanza de conseguir la salud de aquel que dice: *Pedid y recibiréis, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá*; porque la verdadera conversión es obediente á la voz de Cristo, y con ella desaparece la enfermedad del alma y se habilita el hombre para merecer cada vez mas las misericordias del Señor.

Injustos en todo los fariseos, aparentaron escandalizarse de la obediencia del paralítico; pero ella encierra para nosotros la grandísima y no menos importante instrucción de que para asegurar nuestra curación espiritual es preciso obedecer los mandatos del ministro de Cristo. Aunque se había escondido Jesús, quiso comenzar esta nueva visita á Jerusalem por un milagro tan ruidoso, para que se oyese después con mas atención sus santas y saludables doctrinas, que habían de empezar tambien en aquel dia por el mis-

mo paralítico Hizose como encontradizo con él en el templo, y le dijo: Ya ves como estás sano; guárdate bien de pecar en adelante, y teme no te suceda alguna cosa peor que la enfermedad de que acabas de salir. Levantó los ojos el que había estado paralítico, reconoció á su bienhechor y le rogó que le manifestase su nombre para conservar preciosamente la memoria de aquel á quien debía un bien tan grande; y queriendo que su Soberano médico fuese de todos reconocido y honrado, marchó á decir á los judíos que Jesús era aquel á quien debía la salud.

Antes de analizar los funestos efectos que esta noticia produjo en el ánimo iracundo de los hipócritas, preciso es decir algo sobre el encuentro de Jesús y el paralítico en el templo. Subió Jesús á él en cumplimiento de la ley y para dar gloria á Dios su Padre, porque le había hecho el dispensador de sus misericordias y gracias. Y subió el paralítico al templo, porque es el lugar de la oracion, y para dar gracias á Dios de la sanidad que había recibido. Colocado entre las turbas no conoció al Señor; pero en el templo le halló y le conoció. No se halla fácilmente á Jesús entre la multitud confusa de los hombres y entre la turbacion que ocasionan los cuidados temporales; hállase empero en el retiro espiritual, en el secreto del corazón y en el templo de nuestro espíritu, donde se digna habitar por su gracia. Ningun retiro mejor que el templo, ningun asilo mas seguro, ningun refugio mas santo para los que de veras desean conservar la gracia recibida y medrar y crecer en ella, huyendo de los lazos del siglo, orando y oyendo la palabra de Dios que nos habla allí al corazón. ¿Y qué diremos de aquel que por la mañana busca á Jesucristo en la piscina de la penitencia, y por la tarde busca la enfermedad que le pone paralítico en el sucio albañal de la corrupción? No se halla en los lugares donde se pierden á un mismo tiempo la inocencia y el alma; hállase solamente en aquellos donde se destierra de esta toda clase de abominacion, donde se enriquece y adorna con la gracia y donde se une íntimamente con él por el fervor de la oracion. Por último, debemos notar con san Agustín [1], que si queremos conocer las gracias del Salvador y llegar á

[1] Div. August. Tract. 17 in Joann.

su perfecta vision, hemos de huir la turba incitativa y seductora de los malos pensamientos y perversas inclinaciones; nos hemos de apartar de la reunion y asociacion de los hombres malos; hemos de correr al templo de nuestro corazón, y de la oracion interior, esto es, al secreto de una buena conciencia, para que nos hagamos nosotros mismos el templo vivo de Dios, donde su Majestad se digna habitar y permanecer.

No era esto lo que pensaban los fariseos, pues en vez de admirar, como el pueblo crédulo y sencillo, las bondades del Señor en beneficio de los hombres, lo acusaron públicamente como trasgresor de las leyes mas santas, procurando formar contra él un partido poderoso para desacreditarle y bastante fuerte para quitarle la vida. No pueden ser verdaderos milagros, decian, los que se hacen por un hombre quebrantador de los preceptos de Dios. Bueno es restituir la salud á un enfermo, pero no puede serlo el ordenar á un discípulo de Moisés que en el día del sábado vaya cargado con su camilla, quebrantando impunemente el precepto de la ley á vista de una innumerable multitud. No, no puede ser, repetian, hombre de Dios, y tener un poder venido de Dios, el que tan poco respeto tiene á sus órdenes; como si las obras admirables y santas que obraba Jesús no hubiesen sido mas propias para santificar que para profanar el día del sábado. De aquí inferian y publicaban que no pudiendo autorizar Dios aquellos prodigios, por ser, segun decian, contrarios á la ley, necesariamente debian obrarse por la influencia y poder del espíritu de las tinieblas; y si alguna vez no se atrevian á denunciarlo así al pueblo, que se hacia lenguas para publicar las maravillas que Jesús obraba, lograban al menos suscitar dudas que detenian en algunos los frutos de la predicacion.

A estas atroces calumnias respondia el Salvador, que en cuanto obraba seguia constantemente el ejemplo de su Padre, que era el autor del sábado, el que no cesaba de obrar, ya en la conservacion y gobierno del mundo, ya en la produccion de una infinidad de criaturas que se veian nacer cada momento. Los escribas y fariseos eran suspicaces, y percibian tambien como los demás la fuerza y eficacia de esta justificacion que no podian negar ni destruir; mas bien presto prevalecia en su corazón y tomaba grande incremento el odio

que á Jesús profesaban; y faltos de toda razon, que aun los mas rudos no dejaban de tener, se persuadian que la fuerza de sus invectivas y recriminaciones algo habia de poder para la consecucion de sus depravados intentos. ¿Por qué fatalidad extremadamente grande para ellos mismos, preocupados y ciegos, no habian de detenerse en el exámen sencillo de las palabras de Jesús? Si así lo hubieran hecho, no hay duda que comprenderian fácil y claramente que el Padre y el Hijo eran inseparables, y que lo eran por lo mismo sus obras; y no tan solo eran inseparables las obras del Padre y del Hijo, sino tambien las del Espíritu Santo; porque así como la igualdad é inseparabilidad es de las personas, lo es tambien de las obras. Síguese de aquí que todas las obras de la Trinidad augusta se llaman indivisas ó comunes á las tres divinas personas, porque todo lo que obra el poder lo modera y ordena la sabiduría, y lo confecciona y conserva la bondad; y así es que nos enseñan Jesucristo y su Iglesia que todo lo que hagamos en el nombre de Dios y á mayor gloria suya, lo hagamos diciendo: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, ó en el nombre de la santa é indivisa Trinidad.* Para que así como es indivisa la operacion, así tambien sea inseparable la invocacion. Así Cristo se excusó legal y legítimamente por sus obras hechas en día de sábado; pero como de esta acusacion se sigue que Cristo es igual á Dios su Padre, le perseguian por lo mismo como blasfemo con mas encarnizamiento y furor; porque la blasfemia es pecado mayor que la violacion del sábado y lo castigaba la ley con mayor terribilidad y rigor; por lo que se añade en el Evangelio: Que los judíos le perseguian con mas ahínco y furor buscando ocasion de matarle, no solo porque quebrantaba el sábado, sino porque decia que Dios era su padre natural y consustancial.

Hasta aquí el odio de los escribas y fariseos puede decirse que habia ido vagueando, permaneciendo unas veces como amortiguado ó suspenso y otras como apagado ó muerto. Mas desde este día empezaron los actos públicos de hostilidad y la guerra sin descanso ni tregua que en adelante hicieron siempre á Jesús, sin cejar en ella hasta conducirle al suplicio: importa por lo tanto formar una idea justa de la preocupacion de sus corazones, y de la dureza y

obstinacion de sus ánimos. Sabian bien estos hombres que habia en su ley dos crímenes ó pecados que se castigaban con la pena de muerte: tales eran la violacion del sábado y el pecado de blasfemia; por cuya razon todos sus conatos se dirigian á poder convenecer al Salvador de uno de estos dos crímenes. Excusóse legalmente del primero, y por consiguiente le creyeron convencido del segundo, porque en su disculpa legal habia probado que era Hijo de Dios é igual al Padre; no atreviéndose empero á condenarle por esta razon sola, á fin de justificar con claridad el pecado de blasfemia que le imputaban, recorrian el sentido de las Escrituras, de las que se creian depositarios, y corrompian las tradiciones de sus padres para demostrar al pueblo que aquel no podia ser en manera alguna el Hijo de Dios enviado ó el Mesías prometido, sino un hipócrita engañador, á fin de que depuesta toda veneracion y respeto entrasen mas fácilmente en la horrible conjuracion que contra él meditaban. El Mesías, decian, que esperamos, ha de ser un Rey glorioso segun el mundo, guerrero y conquistador; hará pedazos el yugo de los romanos que nos oprime, y sujetará las naciones. Como lo deseaban con tanto afán, así era tan firme esta persuacion; y tergiversando y corrompiendo, segun su modo de pensar, los oráculos de todos los profetas, solo aplicaban al Mesías que ellos esperaban los que podian convenir al sosten de sus mentidas esperanzas y groseras preocupaciones. Al Mesías que tenian á su vista le veian pobre y abatido, y despreciando las Escrituras de los profetas que su pobreza y abatimiento expresaban, no querian recibirle. No podian negar que habia aparecido entre ellos en el tiempo mismo que se prometian muy cercano su libertador. El es, decian, de la sangre de David; él es tambien heredero de su trono, y se da por fin por el Mesías; pero es un hombre pobre, sencillo y sin pretensiones. En vez de aparecer amable y complaciente con los que encuentra en posesion de gobernar é instruir el pueblo, corre el velo á su ignorancia, les quita la máscara y los desacredita. No habla de guerras, ni de conquistas, ni de victorias, ni de triunfos; antes al contrario, su sermón favorito es la renunciacion y despego de las cosas del mundo; y es tal en esta parte su austeridad, que no practica sino lo que predica; el fausto y la magnificencia son siempre el motivo de sus mas severas acrimi-

naciones, acompañándose solamente de hombres idiotas y groseros. En medio de esto hacen milagros, sana enfermos, multiplica los alimentos para dar de comer á los que le siguen, y resucita los muertos. Como su poder no se oculta, tampoco su sabiduría se esconde. Explana con la mayor claridad el sentido de las Escrituras, aplica se á sí mismo las profecías y las verifica. Enamora y atrae á los pueblos con la santidad de su vida, los gana con su caridad y anuncia en todas partes que es el Rey de los judíos, el enviado y el Hijo de Dios, y el prometido á su nación.

En verdad que la necia obstinacion y ceguedad de los expositores de la ley era bien digna de compadecerse. No quisieron entender jamás que la exaltacion y la gloria que á los hombres se habia prometido por la venida de Jesucristo, era la gloria celestial y no la terrena; mas como buscaban esta y no la otra, por esto permanecieron en la infidelidad. No buscaban la gloria de Dios sino la suya; por esto no pudieron creer en Cristo abatido y pobre, porque solo en él cree el que como él se humilla y no se envanece; por esto dice el venerable Beda [1]: De ninguna manera puede evitarse mejor el vicio de la vanagloria, que encerrándonos en el recinto de nuestras conciencias, considerando nuestras miserias y no olvidando que somos tierra y polvo; y si aun después hiciéremos alguna cosa buena, conozcamos que por nosotros mismos nada podemos, y demos toda la gloria á Dios por lo poco que hiciéremos. Y san Crisóstomo añade [2]: Hnyamos de la vanagloria con todo cuidado; ¡pero cómo la venceremos? Mirando solo y deseando aquella gloria que está en el cielo, de la que esta vana nos arroja. ¡Qué esperanza podremos tener de salud ó de salvarnos para siempre, si solo tenemos presente aquello que se nos manda olvidar, olvidando todo lo que nunca debiéramos perder de vista? ¡Puede haber una desgracia mayor para el hombre que esa insensibilidad, con la que pasamos los dias de nuestra vida, y aunque oigamos referir que las desgracias que al mundo sucedieron en los dias de Noé, y los incendios de Sodoma, imitemos las iniquidades de aquellos, diciendo que queremos aprender con la experiencia para saber cómo hemos de obrar? Pa-

[1] Ven. Bed. in cap. 5 Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 39 in Joann.

ra nuestra enseñanza se escribieron todas estas cosas, para que los que no quieren creer las que se les anuncian como futuras, se convenzan por la experiencia de las pasadas; y comprendiéndolas, respiremos algun tanto ó tengamos alguna especie de consuelo en esa tan afrentosa esclavitud en que yacemos sumidos; y sea para nosotros este convencimiento, que por él los males de la tierra se nos conviertan en bienes y después gocemos de los eternos.

No llegando pues los fariseos á comprender y á convencerse de la exactitud y certeza de estas verdades, nada habia mas difícil para ellos que reconocer en Jesús el verdadero Mesías prometido; por esto se esforzaban en persuadir al pueblo que no lo era ni podia serlo. Su interés les estimulaba á ello, y por esto se auvieron y obstinaron en que no lo era, prevaleciendo siempre el error á pesar de los remordimientos ó inquietudes que les causaba la verdad. ¡Qué leccion tan espantosa para los que en todo tiempo se obstinan á desconocerla ó á negarla! En este estado, para el hombre bien triste seguramente y lamentable, resiste con furor el exámen sosegado y detenido de los primeros pasos y resoluciones, porque teme encontrarse con la verdad de que huye; y cuando un juicio comparativo le obliga á confrontar los hechos que pueden oscurecerla ó evidenciarla, siempre trata de eludir todo aquello que pudiera causarle una saludable impresion. Cuanto en otras no le pareciera ni aun verosímil, impresionado siniestramente, viene á ser una razon sólida que á su parecer convence; y acostumbrado á recibir lo falso como verdadero y lo malo como bueno, ama las tinieblas como á luz y vive entre los vicios mas groseros, sin tener valor para reprenderlos ni alma para detestarlos. ¡Qué estado tan infeliz! Casi es imposible que haya otro mayor.

Si registramos con severa imparcialidad la historia de la Iglesia desde su mismo establecimiento, veremos que así se formaron todos los grandes perseguidores que ha tenido y los mas insignes here-siarcas que el infierno ha abortado. Cerraron los ojos á los destellos de la mas radiante luz; desconocieron á Jesucristo á pesar de la multitud de milagros con que los apóstoles atestiguanaban la verdad de su doctrina y que eran los enviados por el Señor; y porque empezaron por no amarlo, vinieron á hacerse enteramente ciegos para

no conocerlo. Como Hombre enviado por Dios su Padre, predica Jesús su doctrina; y cuando lo atestigua y confirma curando á vista de un pueblo inmenso un paralítico de treinta y ocho años, se desprecia y aun se condena el milagro porque lo obra en día de sábado, y manda al curado que canine cargado con su camilla en señal de que ha recobrado perfectamente la salud: y cuando los apóstoles y sus sucesores obran milagros á la presencia de los mas encarnizados perseguidores, siempre halla la obstinacion furiosa motivos para detestarlos. Lo que para un entendimiento claro y un corazon dócil es un motivo sólido para creer en un ánimo preocupado, siempre se convierte en motivos de odio y de obstinacion insuperable. Castigo espantoso con que el Señor acostumbra á castigar á los que se resisten á oír su voz y seguir sus mandamientos.

ORACION.

¡Oh Señor mio Jesucristo! Salvador amantísimo y Médico soberano de mi alma: sáname de los largos y penosos males que tantos años hace me afligen y atormentan. Paralítico en mi cuerpo y en mi espíritu, no puedo ir á ti si no me sanas con tu misericordia y si no me llevas con tu gracia. Hazme levantar, Señor, para que huya del pecado y de todas las ocasiones de ofenderte; mándame que lleve la carga de mi camilla haciendo de él verdadera penitencia, y que siga caminando, aprovechando en el bien obrar, y subiendo de virtud en virtud hasta la cumbre de la perfeccion, y perfectamente sano por tu bondad cuide de no pecar mas en lo restante de mi vida, no sea que me suceda alguna desgracia mayor. Concédeme tambien, oh Jesús mio, que siguiéndote con humildad deprecie toda gloria humana y terrena, que nunca desee sobreponerme á los demás, sino que solamente busque tu gloria y á ti solo desee agradar, para que después eternamente te pueda yo gozar. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al V del Evangelio de san Juan, desde el versículo 1.º hasta el 24, ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como propio de la misa de la feria sexta de las cuatro témporas de la Cuaresma, desde el versículo 1.º hasta el 15, y como de la festividad del glorioso arcángel san Rafael, tambien desde el versículo 1.º hasta el 4, todo inclusive; uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA VI DESPUES DE LA DOMÍNICA PRIMERA DE CUARESMA.

San Juan, cap. V, vs. 1.º al 15.

En aquel tiempo era el día de la fiesta de los judíos y fué Jesús á Jerusalem. Hay en Jerusalem una piscina que se llama probática y en hebreo Betsaiga, la cual tiene cinco pórticos. En ellos yacia una gran multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, que aguardaban el movimiento de las aguas. Un ángel del Señor descendia de tiempo en tiempo á la piscina y se movía el agua. El primero que entraba en la piscina después de movida el agua quedaba sano de cualquiera enfermedad que padeciese [1]. Estaba allí un hombre que llevaba treinta y ocho años de enfermedad, al cual como viese Jesús tendido y conociese que hacia mucho tiempo que estaba enfermo, le dijo: ¿Quieres ser curado? Respondió el enfermo: Señor, no tengo persona que me meta en la piscina así que el agua está commovida; por lo cual mientras yo voy, otro antes de mí ha bajado ya. Dícele Jesús: Levántate; toma tu camilla y anda. Y al punto quedó sano aquel hombre, y tomó su camilla y echó á andar. Era aquel un día de sábado, por lo que decían los judíos al que habia sido curado: Hoy es sábado, no te es lícito llevar la camilla. Respondióles: El que me ha curado, este mismo me ha dicho, toma tu camilla y anda. Preguntáronle pues, ¿quién es ese hombre que te ha dicho, toma tu camilla y anda? Mas el que habia sido curado no sabia quién era. Porque Jesús se habia retirado de la gente que allí habia. Después le habló Jesús en el templo y le dijo: Bien ves cómo has sido curado; no peques mas en adelante para que no te suceda otra cosa peor. Fuése aquel hombre y contó á

[1] Hasta aquí el Evangelio de la misa de san Rafael arcángel.

los judíos que Jesús era quien le había librado. *(Hasta aquí el Evangelio de la feria VI de las cuatro temporadas de cuaresma.)*

Pero estos por lo mismo perseguían á Jesús por cuanto tales cosas hacía en día de sábado. Entonces Jesús les dijo: Mi Padre, hoy como siempre, está obrando incesantemente, y yo ni mas ni menos. Mas por esto mismo andaban tomando los judíos con mayor empeño el quitarle la vida; porque no solamente violaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre propio, haciéndose él igual á Dios. Por lo cual tomando la palabra les dijo: En verdad, en verdad os digo que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que este hace lo hace igualmente el Hijo. Y es como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace; y aun le manifestará, y hará en él y por él obras mayores que estas, de suerte que quedeis asombrados. Pues así como el Padre resucita á los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere. Ni el Padre juzga visiblemente á nadie, sino que todo el poder de juzgar le dió al Hijo con el fin de que todos honren al Hijo de la manera que honran al Padre; que quien al Hijo no honra, tampoco honra al Padre que le ha enviado. En verdad, en verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree á aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna y no incurre en sentencia de condenacion, sino que ha pasado ya de muerte á vida.

✠

CAPITULO XXVIII.

DE LA HIGUERA ESTERIL Y LA MUJER ENCORVADA.

DIEZ Y OCHO AÑOS.

El que no conociera el carácter mansísimo de Jesús y su eterno é infinito amor, podría muy bien creer que el Salvador amantísimo de los hombres retenia en su corazon algunos sentimientos ó afectos de rencor ó de ira al ver que después de haber hablado con tanta claridad á los escribas y fariseos y á todos los judíos, se apartaba de Jerusalem, dejando á sus habitantes cada vez mas sumidos en la incredulidad, y se retiraba otra vez á Galilea. Llevaba consigo el Señor á las diferentes ciudades, lugares y aldeas por donde transitaba, á sus apóstoles y discípulos; los que como coadjutores suyos anunciaban tambien el reino de Dios, y las misiones del Señor producian en muchas ocasiones grandes y maravillosos efectos. Con el mismo ardor que siempre enseñaba al pueblo cuanto le convenia, para hacerle sentir todas las dulzuras de la pobreza voluntaria á fin de apartarle de la multitud de males que causa la avaricia en el corazon que llega á esclavizar. Enseñando de esta suerte y predicando sin cesar, caminaba muchas veces todo el día seguido de innumerables turbas, que embelesadas con la dulzura y suavidad de sus